

Ediciones *Le Monde diplomatique* "el Dipló"

Capital intelectual

Serie La media distancia

SERIE  **LAMEDIA**DISTANCIA

¿Por qué retrocede la izquierda?

Marcelo Leiras
Andrés Malamud
Pablo Stefanoni

Prólogo
Juan Gabriel Tokatlian

LE MONDE
diplomatique

Ci Capital intelectual

© de la presente edición, Capital Intelectual S. A., 2016

Capital Intelectual S. A. edita, también, el periódico mensual *Le Monde diplomatique*, edición Cono Sur.
Director: José Natanson

Coordinador de la **Colección Le Monde diplomatique**: Carlos Alfieri
Director de la **Serie La media distancia**: Martín Rodríguez
Corrección: Alfredo Cortés
Diseño de tapa: Cristina Melo
Diagramación de interior: Carlos Torres

Paraguay 1535 (C1061ABC), Ciudad de Buenos Aires, Argentina
Teléfono: (54-11) 4872-1300
www.editorialcapin.com.ar

Suscripciones: secretaria@eldiplo.org
Pedidos en Argentina: pedidos@capin.com.ar
Pedidos desde el exterior: exterior@capin.com.ar

Edición: 2.500 ejemplares
ISBN 978-987-614-519-0

Hecho el depósito que ordena la Ley 11.723
Libro de edición argentina. Impreso en Argentina
Printed in Argentina.

Todos los derechos reservados.
Prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento sin el permiso escrito de la editorial.

Leiras, Marcelo

¿Por qué retrocede la izquierda? / Marcelo Leiras, Andrés Malamud, Pablo Stefanoni; prólogo de Juan Gabriel Tokatlian.
1a ed., Ciudad Autónoma de Buenos Aires, Capital Intelectual, 2016.
120 p.; 22 x 15 cm - (La media distancia: 1)
ISBN 978-987-614-519-0

1. Política Latinoamericana. 2. Política Argentina. I. Malamud, Andrés II. Stefanoni, Pablo III. Tokatlian, Juan Gabriel, prólog. IV. Título.
CDD 320.82

Índice

Presentación

José Natanson y Martín Rodríguez 9

Prólogo

Juan Gabriel Tokatlian 13

Economía y política en los gobiernos de izquierda de América Latina

Marcelo Leiras 21

¿Por qué retrocede la izquierda en América Latina?

Andrés Malamud 47

¿Alba o crepúsculo? Geografías y tensiones del "socialismo del siglo XXI"

Pablo Stefanoni 81

Andrés Malamud

Instituto de Ciencias Sociales de la Universidad de Lisboa.

¿Por qué retrocede la izquierda en América Latina?

¿Y por qué no?

Cuando el editor y demiurgo de este libro vino con la propuesta, me fascinó la idea de explicar lo que se esconde bajo nuestras narices, a la vista de quien quiera ver: que todo lo que sube, baja. La política, como la economía, es cíclica: ningún líder ni tendencia duran para siempre. La democracia se define por la posibilidad de la alternancia, etcétera. Si la izquierda avanzó antes, era inevitable que retrocediera después. Pero en el fondo sabía que había algo más profundo escondido en la pregunta. Y la clave estaba al final del enunciado: "en América Latina". La cuestión no es por qué la izquierda retrocede sino por qué retrocede *al mismo tiempo en toda la región*. Semejante fenómeno descarta de entrada las respuestas idiosincráticas: salvo que pensemos que todos los gobernantes se equivocaron en simultáneo, debemos concluir que las causas del fenómeno son comunes y son externas. Externas a los gobiernos, sí, pero también a los países: internacionales, no domésticas. Primera conclusión: la izquierda retrocede en América Latina por razones regionales o globales, y no (exclusivamente) por errores propios o aciertos opositores.

Un segundo problema consiste en identificar los límites de la región. Henry Kissinger diría que América Latina no tiene

número de teléfono. Carece de ciudad capital, himno y bandera. No hay ninguna organización regional que represente exclusivamente a los veinte países que la componen. Pero más importante es que las dinámicas políticas están cada vez más fragmentadas a lo largo de dos ejes: Norte-Sur y Atlántico-Pacífico. El primer eje es estructural, casi inevitable. Mientras los latinoamericanos del Norte (México, América Central y el Caribe) profundizan su integración socioeconómica con Estados Unidos, Sudamérica depende cada vez más del mercado chino. La principal consecuencia es que, al paso que México transitó de petroestado a exportador industrial, Brasil recorrió el camino inverso y perdió industria a manos de los recursos naturales: se reprimarizó. El segundo eje es político y depende de decisiones domésticas. Usamos los océanos como referencia, pero lo fundamental es distinguir entre políticas públicas. ¿Cómo reaccionan los Estados ante la ola que viene de afuera? Algunos se cierran y otros se abren. El proteccionismo se dio mejor en mercados grandes y geográficamente distantes de las potencias mundiales, como Argentina y Brasil, que casualmente se recuestan sobre el Atlántico. La apertura es más eficiente en mercados pequeños o demasiado interdependientes con el centro de la economía internacional, como Chile o México, que están geográficamente vinculados al Pacífico.

¿Por qué es importante entender la geopolítica de la región, o sea la importancia del tamaño, la distancia y los vecinos? Porque de ella depende cuánto hubo y habrá para distribuir, la razón de ser de la izquierda. Estados Unidos como siempre, y China desde hace una década y media, determinan las condiciones de posibilidad del progresismo latinoamericano.

¿Qué es la izquierda?

El escenario político argentino nunca se organizó alrededor del eje izquierda-derecha, como mostraron hace décadas Edgardo Catterberg y María Braun (1989). La mitad de la opinión pública y buena parte de la dirigencia se muestran ignorantes o indiferentes cuando se les consulta sobre su posición ideológica, y cuando son presionadas se autolocalizan en el centro. Las divisiones políticas existen, pero las etiquetas para diferenciar a “nosotros” de “los otros” varían. Más recientemente, fue el politólogo canadiense Pierre Ostiguy (2008) el que mejor definió el cuadro político nacional:

Hay un choque muy importante en la Argentina entre el deseo de varios políticos de enfatizar la diferenciación izquierda-derecha (que es muy real), y la realidad electoral y sociopolítica a nivel “masa”, que está sólidamente diferenciada en la otra dimensión, es decir culturalmente, peronismo y no peronismo, y más genéricamente (y para mí más exactamente) alto y bajo. ¡Ese choque es el drama de la política argentina desde hace ya más de seis décadas! Este deseo siempre se topa con esa realidad. Y a eso hay que añadirle los numerosos políticos que no tienen ningún deseo de trascender esa dicotomía, sea por pragmatismo de poder o sea por aversión, estilo, “valores” o imagen de sí mismo.

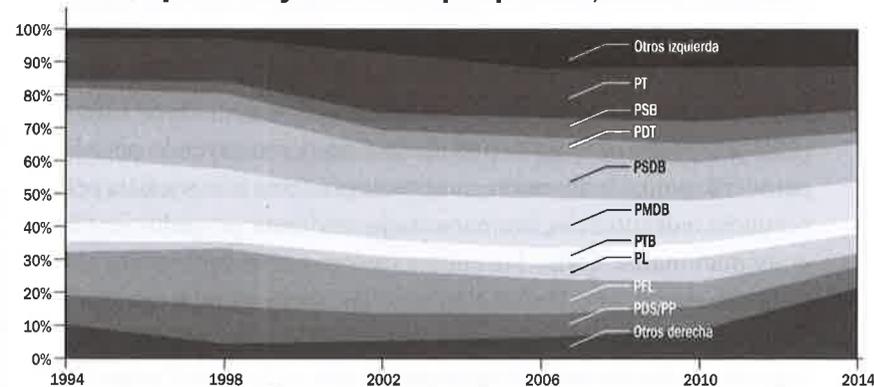
Sin embargo, esta descripción viaja bien por Sudamérica. De hecho sólo dos países, Chile y Venezuela, desarrollaron históricamente partidos ideológicos con rótulos e inspiración europeos: socialista y demócrata cristiano, socialdemócrata y socialcristiano. En el resto del continente prevalecieron rótulos e ideologías idiosincráticos. Los partidos de masas identificados con “lo bajo” fueron tradicionalmente clasificados como populistas, una etiqueta que encaja mal en el espectro ideológico. De hecho, los

primeros líderes populistas (principalmente Juan Perón y Getúlio Vargas) fueron corporativistas y simpatizaron con los fascismos italiano y portugués, mientras los últimos (como Hugo Chávez o Evo Morales) se identificaron explícitamente con la izquierda. Lo que antiguos y nuevos populismos tienen en común es el nacionalismo y el carácter plebeyo, elementos insuficientes para definirlos como izquierdistas o progresistas. El Frente Nacional francés, por ejemplo, se vería bien retratado por esas características. Una investigación reciente, basada en datos del Latinobarómetro que incluyen a dieciocho países, confirma que el clientelismo reduce la utilidad de la dimensión izquierda-derecha al introducir una lógica diferente en la motivación del voto (Ruth 2016). Más notable aun, produce una disociación entre la orientación declarada y las actitudes políticas reales de los ciudadanos. La dimensión ideológica siempre tuvo una importancia reducida en América Latina, y ahora que mengua en el resto del mundo declina todavía más en la región.

Si no hay elementos objetivos incontestables, ¿qué es lo que define la ubicación ideológica de un líder o partido? La respuesta sólo puede ser una: la intersubjetividad. No importa si se es pobre como Mujica o rico como Cristina, militar amotinado como Chávez o economista doctorado en EE.UU. como Correa. El hecho de que alguien se identifique con una ideología, y los demás lo reconozcan como miembro del club, es lo que valida la etiqueta. Así como Mónaco o San Marino no cumplen ninguna de las condiciones objetivas de la estatalidad pero integran las Naciones Unidas, así el nicaragüense Daniel Ortega es considerado de izquierda aunque prohíba el aborto ante riesgo de muerte materna, entregue territorio nacional a un magnate chino y presida uno de los cuatro países del mundo que mantienen relaciones diplomáticas con Abjasia y Osetia del Sur. El reconocimiento de los pares cierra la discusión: en América Latina, la izquierda es lo que los presidentes que se dicen de izquierda dicen que es de izquierda.

Con base en esta definición, la llegada de Chávez al poder, en 1999, inició una ola que cubrió sucesivamente a Chile (2000), Brasil (2003), Argentina (2003), Uruguay (2005), Bolivia (2006), Nicaragua (2007), Ecuador (2007), Paraguay (2008) y, muriendo en la playa, Perú (porque Ollanta Humala, cuando accedió a la presidencia en 2011, ya no era chavista). En América del Sur sólo Colombia surfearon la ola. Por arriba de ella bailoteaba la espuma de la reforma y la revolución; por abajo, el agua se mantenía estanca. A modo de ejemplo, el Gráfico 1 muestra la distribución del voto entre los partidos brasileños a lo largo de dos décadas. Aunque se manifiesta alguna volatilidad electoral, ella fue interna a los dos grandes bloques ideológicos y no alteró gran cosa la relación de fuerzas entre ellos.

Gráfico 1
Brasil: porcentaje de votos por partido, 1994-2014



Nota: los partidos están presentados ideológicamente, los de izquierda (de arriba hacia abajo) y los de derecha (de abajo hacia arriba).

Fuente: elaborado por Fernando Guarnieri, profesor de IESP-UERJ.

Si Brasil es representativo del giro latinoamericano a la izquierda durante la última década, la estabilidad de las preferencias sugiere que no hubo una transferencia significativa de electores hacia la izquierda del espectro ideológico. Pero lo que este

gráfico no mide es la intensidad de las preferencias. Eso quiere decir que, aunque se mantuviera estable la distribución entre los polos, podría haber crecido la animosidad entre ellos. Y de hecho esto es lo que aconteció.

La izquierda y la nueva estabilidad política en América Latina

Contra lo que habríamos esperado históricamente, el ascenso de la izquierda y el incremento de la polarización ideológica no derivaron en quiebra de la democracia. Entre 1985 y 2005, en cambio, varios presidentes electos habían visto sus mandatos interrumpidos. Algunos eran de izquierda y otros de derecha. Sólo en Sudamérica, o sea excluyendo América Central y el Caribe, la lista incluye tres casos bolivianos, tres ecuatorianos, dos argentinos y uno de Brasil, Paraguay, Perú y Venezuela. Únicamente Chile, Colombia y Uruguay se mantuvieron al margen de la “nueva inestabilidad política”, como definió Aníbal Pérez Liñán (2007) al hecho de que los presidentes siguieran cayendo pero la democracia no. La sucesión, cuando se producía una acefalía por renuncia o destitución, era encauzada mediante procedimientos constitucionales. Todas las caídas tuvieron un componente extrainstitucional: la movilización popular, que generalmente tuvo lugar en las calles de la ciudad capital (Hochstetler 2006). La mayoría de los casos tuvo un segundo actor clave: el Congreso, que al entrar en conflicto con el Ejecutivo generó un duelo entre legitimidades democráticas (Llanos y Marsteintredet 2010). Las consecuencias de las interrupciones presidenciales fueron menos agrias de lo que cabría prever. Aunque atentaban contra el principio basilar del presidencialismo, el mandato fijo del jefe de Gobierno, no necesariamente erosionaron los principios democráticos. Al contrario, Marsteintredet y Berntzen (2008) sugieren

que la flexibilización del mandato fijo fue una manera de salvar la democracia, y Hochstetler y Samuels (2011) afirman incluso que la remoción anticipada de algunos presidentes ha reforzado al gobierno representativo, poniendo la rendición de cuentas por sobre la inmunidad del cargo.

En cualquier caso, hasta 2005 la probabilidad de que un presidente latinoamericano terminara su mandato era apenas superior a la de que no lo hiciera.

Y de repente la inestabilidad se terminó. El péndulo cruzó limpiamente hacia el otro lado y la reelección se tornó garantizada: presidente que la buscaba la lograba. Al menos eso ocurrió durante tantos años que una moda pareció tornarse regla. Seis de los diez países sudamericanos reformaron sus Constituciones para permitir la reelección presidencial sucesiva: Argentina, Bolivia, Brasil, Colombia, Ecuador y Venezuela. Cuando la reforma la realizó la derecha, como en Argentina, Brasil y Colombia, sólo se habilitó un periodo consecutivo más. Cuando la realizó la izquierda, en Ecuador y Venezuela, se permitió la reelección indefinida. Como explica Pablo Stefanoni en este volumen, Bolivia fue la excepción pero no por falta de voluntad: en 2016 Evo Morales perdió el referéndum que le habría permitido una nueva reelección. Enfrente, Chile, Paraguay, Perú y Uruguay mantuvieron la prohibición.

El parteaguas fue abrupto.

Entre el inicio de la democratización y 2005, durante un periodo de veinte años, trece presidentes sudamericanos no lograron finalizar su mandato. En contraste, sólo cinco fueron reelectos (Tabla 1) (página 54). Es cierto que en la primera década pocas Constituciones permitían la reelección consecutiva. Aun así, la prohibición de un segundo mandato no obliga a acortar el primero: las interrupciones presidenciales expresaron inestabilidad política y no limitaciones constitucionales. Fernando de la Rúa, que estaba habilitado para la reelección, ni siquiera llegó a plan-teársela y debió renunciar en la mitad de su primer periodo.

Tabla 1

Interrupción versus reelección presidencial en América del Sur, 1985-2015

	1986-2005 (20 años)	2006-2015 (10 años)
Interrupciones presidenciales	13	1
Reelecciones presidenciales	5	10

A partir de 2006 todo cambió. En los diez años siguientes, sólo un presidente (Lugo, que no tenía reelección) debió irse antes de tiempo mientras diez (el doble que en el veintenio precedente) fueron reelectos. El único que estuvo en condiciones de seguir pero prefirió no hacerlo fue Néstor Kirchner, quien consagró la sucesión por vía conyugal en la esperanza de una reelección alternada. Y muchos creyeron que esta tendencia podía proyectarse indefinidamente.

Si consideramos las tres décadas de democracia como un único periodo indiferenciado, verificaremos que catorce presidentes cayeron antes de tiempo y quince fueron reelectos: dos conjuntos casi idénticos. Pero como las reelecciones ocurrieron más recientemente y la memoria es tramposa, uno de los dos conjuntos tapó al otro y lo dejó en el olvido. Hoy que las condiciones están cambiando y los oficialismos pierden o cortan clavos, es oportuno preguntarse si hay alguna variable que explique tanto la inestabilidad anterior como la continuidad reciente. La ideología no califica: entre los eyectados precozmente hay izquierdistas (Fernando Lugo) y derechistas (Alberto Fujimori), y entre los reelectos también (Hugo Chávez y Álvaro Uribe). Los politólogos brasileños Daniela Campello y Cesar Zucco sugieren una respuesta alternativa.

En un artículo cuya versión preliminar se titulaba “Mérito o suerte”, Campello y Zucco (2016) identificaron los determinantes del voto en América Latina y llegaron a una conclusión: los electores premian o castigan a sus presidentes por causas ajenas a la gestión. El estudio revela que es posible predecir la reelección del presidente o de su partido sin apelar a factores domésticos: basta considerar el precio internacional de los recursos naturales (léase valor de las exportaciones) y la tasa de interés estadounidense (léase valor del crédito y la deuda). Como dicen, “It’s the economy, stupid!”. Desde otros tiempos y otras latitudes, los frustrados intentos de reelección de Jimmy Carter en 1980 y George H. W. Bush en 1992, del nicaragüense Daniel Ortega en 1990 y del dominicano Hipólito Mejía en 2004 reflejan un patrón similar. Los oficialismos latinoamericanos de hoy en día no están condenados a la derrota, pero la garantía de victoria ha caducado junto con el súperciclo de las *commodities*.

Si Raúl Prebisch se reencarnara en los tiempos presentes, bien podría ser politólogo: al final, los términos de intercambio determinan no sólo la fortuna de los países sino el futuro de sus presidentes. Lo que el fundador de la CEPAL no previó es que esos términos no siempre se deterioran; durante algunos periodos, la periferia supo beneficiarse de su condición de proveedora de alimentos y energía. Después de tanto debate sobre progresismo y populismo, los padres de la voluntad política resultaron ser la soja y el petróleo. Pero la madre es China.

Dos politólogos brasileños, Fernando Limongi y Fernando Guarnieri (2014), escribían hace poco que “desde 1994, dos –y los mismos dos– partidos dominaron las elecciones presidenciales brasileñas. El comportamiento de los electores es altamente previsible”. Esos tiempos están terminando. En países como Argentina, Bolivia, Ecuador y Venezuela, la izquierda llegó al poder debido al colapso económico y la erosión o destrucción

del sistema de partidos. En el Brasil y la Venezuela actuales, en contraste, la izquierda está a punto de dejar el poder en un escenario similar. Es difícil imaginar las consecuencias regionales de estos dos casos paradigmáticos, pero algo parece claro: lo que llegó como salvación tiene cada vez más cara de condena. La izquierda sanó, reconstruyó y dio certezas. Cuando su caída se consume le tocará a otro actor, de rostro aún incierto, cumplir la misma función.

La izquierda latinoamericana y sus causas

Durante la primera década del siglo XXI se produjo un fenómeno que cambió el mundo: el ascenso de China al palco económico global. Aunque la subida venía de antes, a partir del año 2000 se aceleró raudamente. Entre 1980 y 2015, el PBI chino pasó de ser un noveno del estadounidense a igualarlo. Como porcentaje del PBI global, China pasó del 4% al 17% y sigue creciendo, mientras las potencias tradicionales retroceden. En el mismo periodo, Japón pasó del 9% al 4%. Estos números dan una idea del impacto global. En América Latina fue aun mayor.

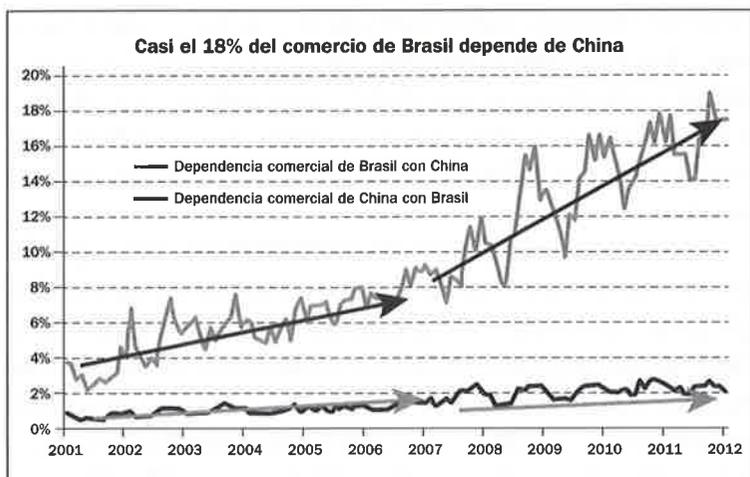
Pero, como me señaló Pablo Gerchunoff, China hubo para todos: también gobiernos no izquierdistas, como el de Perú, se beneficiaron de su ascenso. Fue fortuito que, al iniciarse la década mágica, la mayor parte de los países latinoamericanos estuvieran liderados por fuerzas de izquierda. Será preciso agradecerle al ajuste neoliberal de los noventa por haber creado las condiciones para que la izquierda estuviera en el sitio correcto en el momento oportuno.

Antes de China estaba Estados Unidos. La idea de América Latina como patio trasero siempre tuvo un componente geopolítico y otro económico. Por un lado, la gran potencia del Norte intervenía militarmente o mediante apoyo logístico para evitar la

llegada al poder de fuerzas de izquierda. Por el otro, sus empresas explotaban los recursos naturales y lucraban con los mercados de la región. Ambas dimensiones se diferenciaban al norte y al sur de Panamá: tropas estadounidenses conquistaron la mitad del territorio mexicano y se cansaron de invadir países centroamericanos e islas caribeñas, pero en América del Sur se limitaron a ofrecer inteligencia y apoyo a los militares nativos. La dependencia económica de Estados Unidos también era mayor en el norte de la región, con Colombia y Venezuela ocupando una zona de transición.

El contraste norte-sur sólo se profundizó con la emergencia china. Cada vez son más los países sudamericanos para los que China es el principal socio comercial. El caso más extraordinario es Brasil, cuya vinculación creciente con el mercado chino llevó a los medios brasileños a hablar de una “nueva dependencia”. El Gráfico 2 (página 58) muestra cómo, en sólo una década, las exportaciones a China pasaron de menos de 4% a 18%. Las importaciones chinas desde Brasil, en cambio, se mantienen por debajo del 2%. Esta asimetría indica que el gigante sudamericano sigue siendo un pigmeo cuando se lo compara con el Goliath global. Pero el análisis cualitativo empeora la situación: mientras todo lo que Brasil exporta a China son recursos primarios, principalmente soja y hierro, todo lo que importa son manufacturas. El mismo perfil de comercio exterior se reproduce en el resto de los países sudamericanos: la región sigue siendo una periferia exportadora de *commodities*; lo que cambió es el centro proveedor de manufacturas. Por más que el milagro chino haya remolcado a las economías de América del Sur durante una década, es difícil concebir el resultado como progresista.

Gráfico 2
Interdependencia comercial entre Brasil y China, 2001-2012

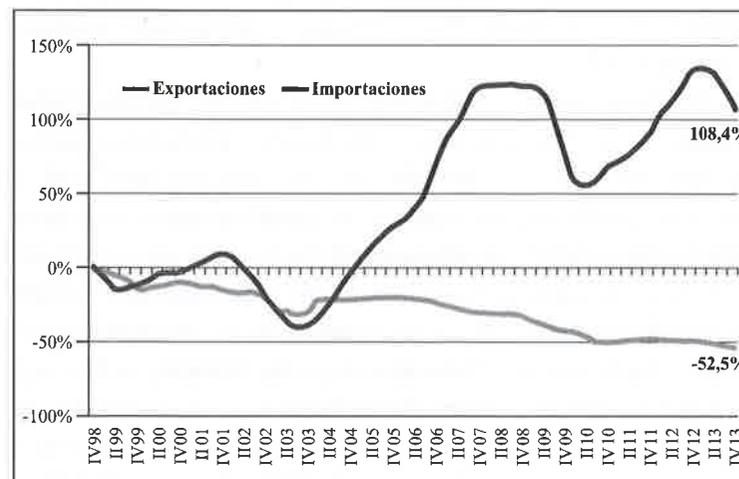


Fuente: Bloomberg.

Por supuesto que siempre se puede estar peor. Venezuela, que sigue dependiendo de EE.UU. como principal mercado importador, vio duplicarse sus importaciones en los últimos diez años, mientras las exportaciones se redujeron a la mitad (Gráfico 3). Debido principalmente a la mala gestión de PDVSA y a la caída del precio del petróleo, el resultado es la bancarrota del Estado Nacional.

Lo que tienen en común los casos brasileño y venezolano es que las causas de su desempeño económico son externas. La suba del precio de la soja y la emergencia de China beneficiaron a Brasil, mientras la baja del precio del petróleo y la crisis financiera estadounidense perjudicaron a Venezuela. Campello y Zucco tenían razón. Sin embargo, hubo factores domésticos que contribuyeron con el resultado.

Gráfico 3
Venezuela: variación acumulada de las importaciones y las exportaciones (reales y per cápita) 1998 - 2013



Fuente: Henkel García, director de Econometría, Venezuela.

Entre los factores que se señalan como razón de la mejora brasileña en sus indicadores económicos y sociales se encuentra el plan Bolsa Familia. Ideado por Fernando Henrique Cardoso y potenciado por Lula, este programa constituye un caso típico de *conditional cash transfer*, o transferencias monetarias condicionadas. El mecanismo consiste en entregar dinero a familias con hijos que cumplan dos requisitos: enviar a sus hijos a la escuela y vacunarlos. De ese modo se pretende cortar la transmisión intergeneracional de la pobreza, ya que la falta de educación y una salud endeble son los principales obstáculos para el progreso individual. A pesar de ser el caso más conocido, el Bolsa Familia es uno de muchos. Estos programas se llevaron a cabo en toda la región: Asignación Universal por Hijo (Argentina), Bono Juancito Pinto (Bolivia), Avancemos (Costa

Rica), Oportunidades (en México, que fue, de hecho, el primero en la región y lo implementó un gobierno de derecha), Bono de Desarrollo Humano (Ecuador), Juntos (Perú) y Chile Solidario, entre otros. El costo de estos programas es reducido: en Brasil no llega al 1% del PBI, mientras las jubilaciones públicas se llevan el 4%.

¿Son progresistas los programas de transferencias monetarias condicionadas? Sin duda. ¿Han beneficiado a los partidos que los han implementado? Los politólogos brasileños Sanches Corrêa y Cheibub (2016) aseguran que no. Mediante el análisis de datos de todos los países latinoamericanos, ellos confirman que los beneficiarios de los programas tienen más probabilidad de apoyar al oficialismo, pero... Al mismo tiempo, la investigación muestra que se produce un efecto opuesto en los electores del partido de gobierno que no reciben el programa, y se vuelcan entonces hacia la oposición. La consecuencia es que el efecto electoral de estos programas es indeterminado. Este efecto antioficialista había sido subestimado por estudios anteriores, aunque Zucco y Power (2013) ya habían mostrado que el Bolsa Familia había modificado los padrones de votación en Brasil, trasladando la base electoral del PT desde la periferia industrial paulista hacia los estados más pobres del nordeste.

Otra investigación reciente sobre el caso brasileño va más allá: afirma que no fue el programa Bolsa Familia lo que acabó con el histórico predominio conservador del nordeste brasileño sino la construcción de un aparato territorial por parte del PT. Van Dyck y Montero (2015) muestran que fue el abrupto incremento de las finanzas partidarias lo que le permitió al PT abrir comités en las municipalidades más pobres y zonas rurales del interior, donde hasta entonces no había rival para los caudillos y hacendados (los famosos “coroneles” brasileños). Más que la sociedad civil, el crecimiento económico y los programas de transferencias condicionadas, fue la penetración territorial de arriba hacia abajo

de un partido nacional lo que permitió ganar legisladores, intendentes y gobernadores en distritos antes esquivos. La moraleja es que no fue la ideología sino la organización lo que contribuyó al éxito del PT.

La izquierda latinoamericana y sus consecuencias

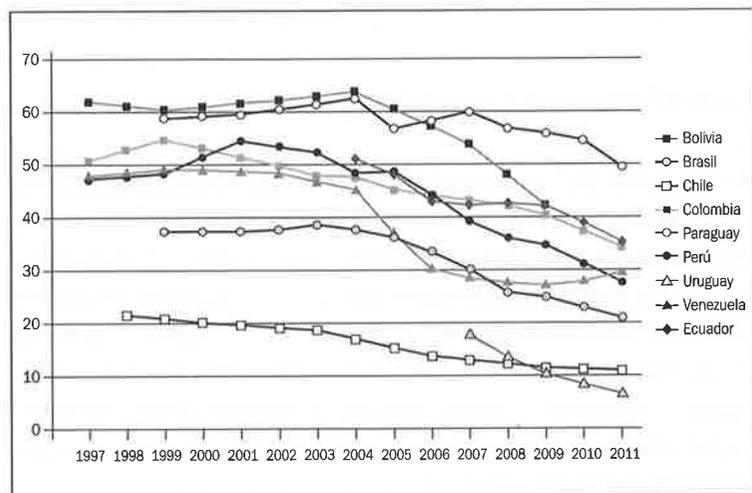
Si las causas de la perdurabilidad de la izquierda fueron (a) los altos precios de las *commodities*, (b) el ascenso de China, (c) los programas de transferencias monetarias y (d) el perfeccionamiento de la organización partidaria, las consecuencias fueron múltiples pero más matizadas. Por un lado, durante el cenit de la ola rosa (a) se redujo la pobreza en casi todos los países de la región. Por el otro, se manifestaron fenómenos crecientes de (b) reprimarización productiva, (c) hiperpresidencialización política y (d) fragmentación regional.

La reducción de la pobreza, quizás el único indicador relevante que no está graficado en el magistral capítulo de Marcelo Leiras, se muestra en el Gráfico 4 (página 62). Tres elementos llaman la atención. Primero, falta Argentina: la razón es que su gobierno falsificó las estadísticas entre 2007 y 2015. Segundo, aunque el último año de medida es 2011, en Venezuela se observa que la pobreza había vuelto a aumentar, anticipando el colapso económico total que sufre en 2016. Tercero, y más relevante, la pobreza bajó en todos los países, incluyendo a Colombia, Paraguay y hasta Perú, que no tenían gobiernos de izquierda. La conclusión sólo puede ser una: entre los gobiernos de izquierda y la disminución de la pobreza no hay una relación causal, sino que ambos son consecuencia de un factor común. Y ese factor es China consumiendo *commodities* sudamericanas. Incluso la recaída venezolana puede explicarse por el derrumbe del precio del petróleo.

Gráfico 4

Las venas cicatrizando de América Latina

Tasas de pobreza nacionales, CEPAL



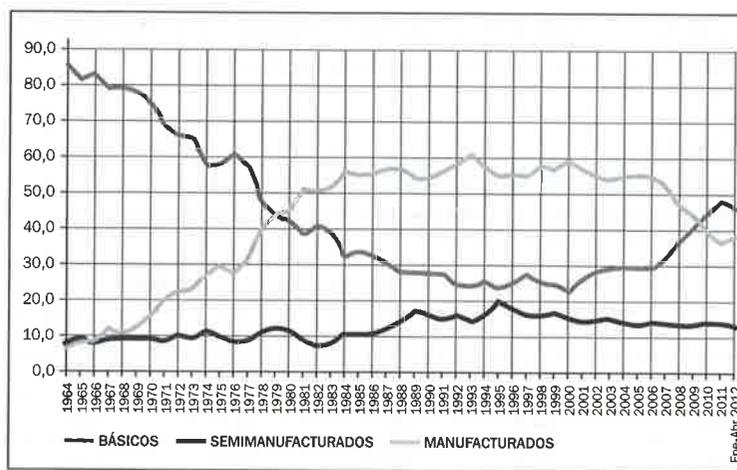
Elaboración: Lucas Llach (2013), <http://blogs.lanacion.com.ar/ciencia-maldita/international-geographic/la-pobreza-en-la-venezuela-de-chavez/>

La *reprimarización productiva* se hace más evidente en el país que había alcanzado el mayor grado de industrialización. En el Gráfico 5, extraído del portal del Ministerio de Desarrollo, Industria y Comercio Exterior de Brasil, se observa que las exportaciones llegaron a componerse de un 60% de manufacturas... la década anterior a la llegada del PT al poder. A partir de la crisis global de 2007-8, los recursos naturales empiezan a crecer hasta superar las exportaciones industriales. A partir de 2012, el Ministerio siguió brindando los datos crudos de comercio exterior pero dejó de elaborar el gráfico, que iba a contramano del discurso oficial.

Gráfico 5

Exportaciones brasileñas por factor agregado

1964 a 2012 - Participación %



Fuente: Ministerio de Desarrollo, Industria y Comercio Exterior de Brasil: http://www.mdic.gov.br/arquivo/secex/balanca/outras/FAT_EXP.xls

La Tabla 2 (página 64) es aun más elocuente porque permite la comparación con los contramodelos argentino y mexicano. Entre 2005 y 2010, Brasil redujo su componente industrial exportador casi hasta el nivel argentino: alrededor de un tercio del total. México, mientras tanto, se mantuvo en elevadísimos tres cuartos. Las manufacturas como proporción del PBI empeoran todavía más la imagen brasileña: ¡es menor que en Argentina, un país cuya industria fue supuestamente arrasada por la dictadura y el neoliberalismo! Más irrisorio aun, el peso de la industria brasileña en la economía nacional es ocho veces menor que el de la mexicana. Con algo de cinismo, el corolario es que para industrializarse no importan las ideologías políticas ni los proyectos desarrollistas: basta con ser satélite de Estados Unidos en vez de China. La excepción es, como casi siempre, Venezuela. A pesar de su discurso

anti yanqui, el chavismo no logró reemplazar al imperio como principal destino de sus exportaciones. Y como el 95% de lo que exporta es petróleo y el 70% de lo que consume es importado, la Revolución Bolivariana depende para subsistir de dos elementos: el precio del crudo y las compras al enemigo. La ideología y la diversificación productiva están bien guardadas.

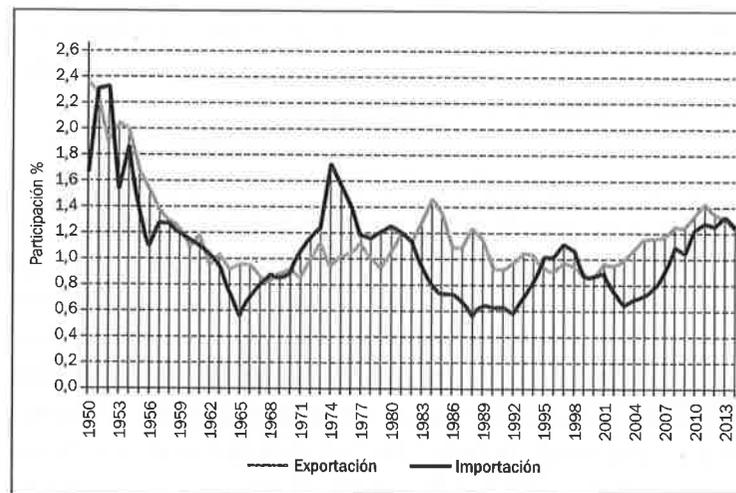
Tabla 2
Participación de las manufacturas en las exportaciones y el PBI de países latinoamericanos

	% Exportaciones totales		% PBI	
	2005	2010	2005	2010
Argentina	30,7	32,2	7,88	7,09
Brasil	52,7	36,4	8,03	3,97
Chile	13,7	10,4	5,61	4,18
Perú	14,7	10,9	3,64	2,74
Colombia	34,7	22,1	5,86	3,46
México	77,0	74,7	21,01	22,72
Venezuela	9,4	n.d.	3,69	n.d.

Fuente: CEPAL. Elaboración: Ramiro Albrieu (*La bonanza latinoamericana y el efecto China. Parte 2*).

A la gran potencia regional le fue mejor, pero no tanto. El Gráfico 6 muestra que la reprimarización de la economía brasileña no se debió a una explosión de exportaciones agropecuarias o mineras. Al contrario, contra la visión convencional de Brasil como una potencia emergente, su incidencia en el comercio global es establemente baja. Con una población que constituye el 3% de la humanidad, su participación en el 1,2 % de los flujos internacionales de bienes es pobre y no justifica la desindustrialización relativa.

Gráfico 6
Participación de Brasil en las exportaciones e importaciones mundiales



Fuente: Ministerio de Desarrollo, Industria y Comercio Exterior de Brasil:
<http://www.mdic.gov.br/arquivo/secex/balanca/outras/evolu%C3%A7%C3%A3o.xls>

La hiperpresidencialización de la política regional no es un invento de la izquierda. El interpresidencialismo, definido como las relaciones directas mediante las cuales los presidentes latinoamericanos utilizan sus atribuciones institucionales domésticas para negociar entre sí y resolver conflictos internacionales, fue identificado durante la década de 1990 (Malamud y Schmitter 2006). Pero en los años 2000 alcanzó la apoteosis. El caso más gráfico sucedió cuando tres presidentes decidieron suspender a Paraguay del Mercosur mientras aceptaban el ingreso de Venezuela, que el Congreso paraguayo rechazaba. El proceso ya fue descrito en detalle (Malamud 2015), pero cabe un resumen.

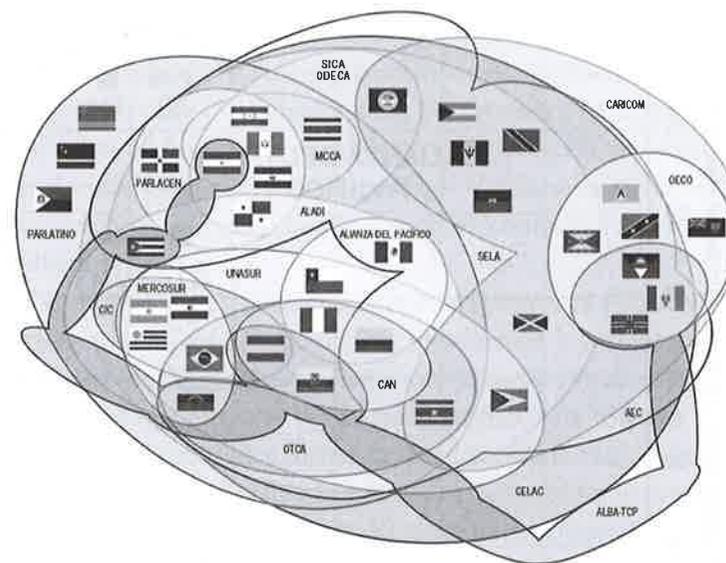
En junio de 2012 la Cámara de Diputados paraguaya alegó mal desempeño del presidente Lugo y lo denunció ante el Senado

por 76 votos contra 1 (sí, uno). Por 39 votos contra 4, el Senado aceptó los cargos y destituyó al mandatario. Lugo, que había anticipado que aceptaría el resultado, se desdijo y recurrió a la Corte Suprema. Por unanimidad, ésta rechazó el recurso y validó el procedimiento del Congreso. El vicepresidente, que había sido electo con el presidente y contaba con la misma legitimidad constitucional y electoral, asumió la Presidencia.

Una semana después, los otros tres presidentes del Mercosur (Dilma, Cristina y Pepe Mujica) se reunieron en Mendoza y emitieron una declaración en la que suspendían a Paraguay del bloque. A continuación aprobaron el ingreso de Venezuela a la organización, cuyo protocolo de ratificación había sido retirado del Senado paraguayo. En síntesis, tres presidentes decidieron, sin ninguna intervención legislativa ni judicial de sus países ni del Mercosur y sin recibir a la parte acusada, suspender a un miembro y aceptar a otro en oposición a la voluntad manifestada por el Congreso, la Corte y el Presidente en funciones del miembro excluido. Y lo hicieron mediante una declaración de prensa, ya que no había instrumento legal que permitiera tomar esa decisión. Procedimientos habitualmente reivindicados por el progresismo como la participación de la sociedad civil, la deliberación pública y el derecho a la defensa cedieron paso ante la voluntad de tres personas. El regionalismo terminó convertido en un club de presidentes cuya función es la protección colectiva contra sus adversarios domésticos

La *fragmentación regional* es el más contraintuitivo, y a la vez más evidente, resultado de la década en que predominaron los gobiernos de izquierda. Es contraintuitivo porque el discurso fue siempre explícitamente integracionista. Y es evidente porque la proliferación de bloques regionales, que dividen la región en crecientes segmentos superpuestos, se observa tomando en cuenta cualquier indicador, como por ejemplo la multiplicidad y divergencia de las diversas asociaciones (véase Gráfico 7).

Gráfico 7
Fragmentación y superposición: bloques regionales en América Latina

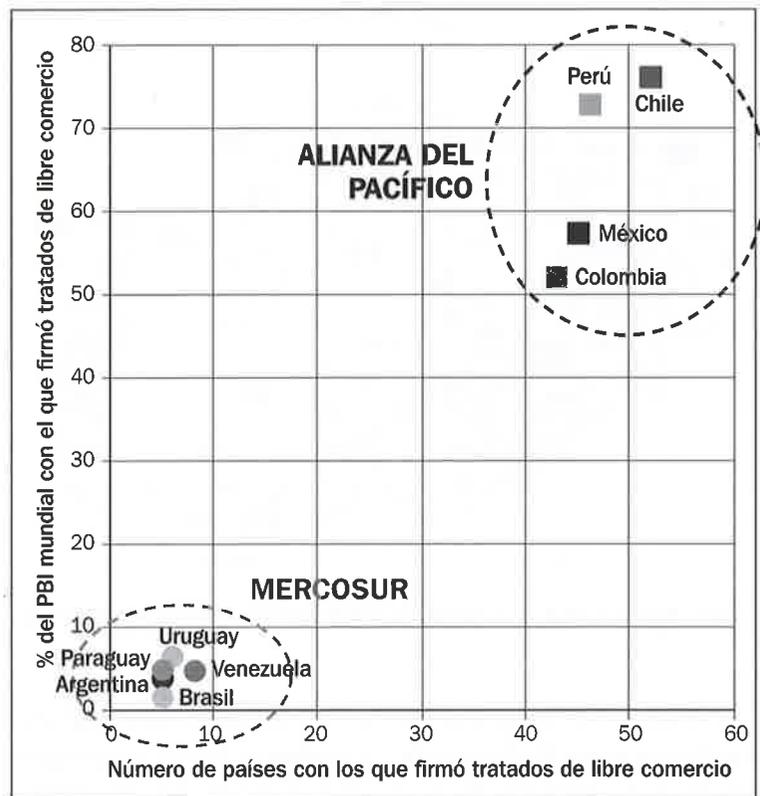


Fuente: Wikipedia: https://es.wikipedia.org/wiki/Integraci%C3%B3n_latinoamericana

El fracaso de la integración regional no puede ser adjudicado exclusivamente a la izquierda. Al contrario, podría ser precisamente el resultado del clivaje ideológico, con los países gobernados por la izquierda yendo en una dirección y los de derecha en otra. Esto es lo que sugieren las políticas de apertura comercial, mucho más abiertas en los países del Pacífico que en los del Atlántico (Gráfico 8, página 68). En cualquier caso, el socialista Chile se alinea con los librecambistas mientras el conservador Paraguay se mantiene entre los proteccionistas, lo que sugiere —otra vez— que la actitud respecto al libre comercio depende más de la geografía y de los socios comerciales que de la ideología.

Gráfico 8

Número y tamaño de los acuerdos comerciales firmados



Fuente: BBVA Research y la OMC.

En las décadas de 1960 y 1970, la integración latinoamericana fue promovida sobre todo por tecnócratas desarrollistas como Raúl Prebisch y organismos multilaterales especializados como la CEPAL. Notablemente el Mercosur, la organización que se tornaría un símbolo para el progresismo regional, fue fundado por los presidentes más neoliberales de la historia: Carlos Menem,

Fernando Collor de Mello, Luis Alberto Lacalle y Andrés Rodríguez. Si bajos niveles iniciales de interdependencia asociados con una activa diplomacia presidencial permitieron al Mercosur triplicar sus flujos comerciales internos en seis años y proyectarse internacionalmente como un actor promisorio, la posterior retracción de la interdependencia y la ausencia de instituciones operativas impidieron la profundización del proceso y lo desgastaron por fatiga. El hecho de que el Mercosur siga siendo un asunto de presidentes y cancilleres demuestra que su funcionamiento no ha sido internalizado sino que se mantiene como una cuestión de política exterior.

Aunque el interpresidencialismo originario fue efectivo, el tardío moldeó un bloque institucionalmente invertebrado. Si se piensa al Mercosur como una comunidad política, rápido se descubrirá que ninguno de sus poderes funciona. Ciertos roles ejecutivo-ceremoniales fueron delegados en dos cargos creados *ad hoc*, primero la Presidencia de la Comisión de Representantes Permanentes y después el Alto Representante General. Eduardo Duhalde y Chacho Álvarez ejercieron mandatos frustrantes en el primero y se alejaron con críticas, tal como Samuel Pinheiro Guimarães hizo en el segundo. A su vez, la principal característica del Parlamento del Mercosur consiste en haber violado todas las cláusulas relevantes del tratado constitutivo, tanto en lo que se refiere a la composición como al mecanismo de elección de los representantes y a la organización interna en bloques político-ideológicos —en vez de por nacionalidad—. Más significativo aun es que carece de cualquier competencia legislativa. Finalmente, el Tribunal Permanente de Revisión no cumple funciones judiciales: además de ser optativo y de acatamiento voluntario, o quizás por eso, sus servicios jurisdiccionales sólo fueron requeridos seis veces desde 2005, y la mitad de ellas fue para aclarar o reinterpretar sentencias anteriores. Si a todo esto se agrega que la mitad de las normas que requieren transposición doméstica no están en

vigor porque al menos un Estado miembro no la ha aprobado, el resultado es un bloque privado de reglas y de consecuencias. El hecho de que, aun así, muchos lo consideren como el más exitoso de la región es expresivo de la situación de los demás.

La decadencia de la integración se esconde bajo pilas de eufemismos. El primero es la institucionalización: cada vez que surge un problema, los líderes regionales le echan encima una nueva institución. En jerga académica esto se llama *spillaround* (desparramo). Se distingue del *spillover* (desborde), que incrementa la autoridad regional, porque crece hacia los lados pero no en profundidad. El regionalismo latinoamericano es un enano cada vez más gordo. El segundo eufemismo son “las nuevas agendas”: como estos bloques no formulan ni implementan políticas, sus funcionarios se dedican a discutir temas. Las agendas de ciudadanía o derechos humanos disimulan así la ausencia de políticas de ciudadanía o derechos humanos. Bienvenidos al Versosur.

¿Cuánto hay de izquierda en los gobiernos de izquierda?

Algunos querrán disculpar los fracasos de la izquierda responsabilizando a sus adversarios. Algunos de sus argumentos son razonables.

En los últimos veinte años, el sistema político brasileño desarrolló tres constantes: multipartidismo en el Congreso, bipartidismo en la Presidencia y coaliciones en el Gabinete.

La enorme cantidad de partidos representados en el Congreso no es trivial: Brasil tiene el Parlamento *mais fragmentado do mundo*. El número efectivo de partidos es superior a trece, lo que equivale a alinear trece bloques parlamentarios con 8% de las bancas cada uno. En la práctica, en 2016 y después de trece años en el poder, el gobernante Partido de los Trabajadores (PT) no

llegaba al 15% en la Cámara de Diputados ni en el Senado, donde era superado por el PMDB. Éste carece de ideología, es heredero de la oposición permitida durante el régimen militar y fue hasta anteaer aliado del PT, que le pagó con la Vicepresidencia de la República, varios ministros y la Presidencia de ambas Cámaras. Pero aun con esta alianza el quórum quedaba lejos. En consecuencia, la construcción de una mayoría legislativa para aprobar los proyectos del Ejecutivo requirió la compra de muchas voluntades –literalmente–. Que la gobernabilidad haya sido posible no significa que fuera gratis. La corrupción lubricó un sistema que no podía funcionar sin ella. La fragmentación partidaria –y el lubricante– se extiende por el territorio nacional, donde 27 estados son gobernados por seis partidos diferentes. El PT sólo controla cinco. La tormenta perfecta de recesión económica, escándalos políticos, movilización social y quiebra de la coalición legislativa acabó con la izquierda en el gobierno sin necesidad de golpe –ni de elecciones–.

Paradójicamente, en las presidenciales el país ha sido bipartidista a partir de la primera elección de Fernando Henrique Cardoso. Desde 1994, dos partidos se alternaron en el primero y segundo lugar: el PT y el PSDB. Un partido más grande que los anteriores, el PMDB, no presenta candidatos pero acostumbra incluir a uno de sus hombres como vicepresidente en la fórmula de alguno de los otros dos. Cuando su aliado es derrotado, no tiene complejos en correr en auxilio del vencedor. La competencia estadual (provincial) también es cruzada y confusa: el partido de la candidata presidencial Marina Silva, por ejemplo, apoyó a candidatos a gobernador del PT en algunos estados y del PSDB en otros, a pesar de enfrentar a ambos partidos por la Presidencia.

La combinación de fragmentación parlamentaria con bipartidismo presidencial se manifiesta en una fórmula de gobierno llamada “presidencialismo de coalición”. Los brasileños adaptaron al presidencialismo una práctica típica del parlamentarismo y la

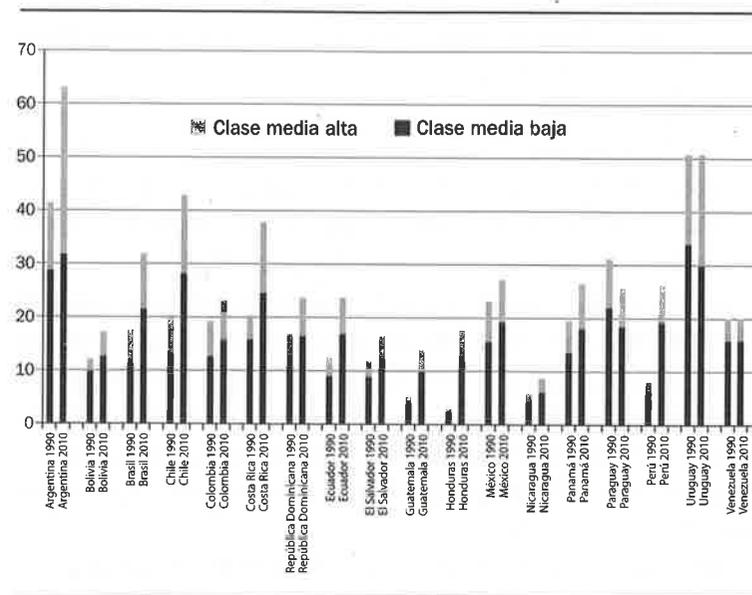
exportaron a toda la región. La fórmula, sin embargo, tiene contraindicaciones y efectos secundarios. El más visible es un Gabinete loteado y sobredimensionado, que llegó a incluir 39 ministros de diez partidos cuyas ideologías recorrían todo el espectro ideológico. El PT nunca lideró un gobierno de izquierda: fue un partido de izquierda liderando un gobierno de retazos. La consecuencia fue un país que se gobierna pero no se reforma, porque el presupuesto alcanza para pagar políticos pero no políticas. Aunque, en los últimos dos años de Dilma, tampoco se gobernaba.

El juicio político fue consecuencia de una acumulación de causas que la literatura académica conoce bien: recesión económica, escándalos políticos, protesta social y, finalmente, ruptura de la coalición gobernante y el escudo legislativo que ésta brindaba.

El caso venezolano es aun más extremo, porque el gobierno fue más radical y su fracaso más monumental. La Tabla 3 (página siguiente) grafica ese fracaso: en medio del mayor boom petrolero de la historia, Venezuela fue el único país de América Latina cuya clase media no creció (la excepción es Uruguay, porque su clase media ya era enorme).

Hay que ser claro: Venezuela no era una dictadura hasta mayo de 2016, cuando Maduro, contra la voluntad de la Asamblea Nacional, dictó un decreto extendiendo el estado de excepción y emergencia económica que suspendió garantías constitucionales y le aseguró poderes extraordinarios. Hasta entonces, con más o menos prolijidad, los gobiernos habían sido electos y podían perder el poder mediante procedimientos constitucionales, incluyendo la revocatoria de mandato. Además, los gobiernos democráticos de la región le habían otorgado el reconocimiento de pares, nunca activando las cláusulas democráticas que aparecen en los tratados de la OEA, UNASUR y Mercosur. Está por verse si esto cambia ahora que Brasil cesó de funcionar como garante del chavismo y el secretario general de la OEA dejó de hacer equilibrio para acusar a Maduro de “dictadorzuelo”.

Tabla 3



Elaboración: Javier Corrales sobre datos de la Corporación Andina de Fomento (CAF).

Pero Venezuela ya no era una democracia desde tiempo atrás: la cancha de juego estaba inclinada y la oposición enfrentaba limitación de derechos y represión. Al encarcelamiento inicial de chavistas disidentes, como el general Raúl Baduel, se añadió después el de Leopoldo López y sus acólitos. Salvo la Legislatura, los otros cuatro poderes del Estado (sí, la Constitución venezolana establece cinco) están subordinados al Ejecutivo, que carece de frenos y contrapesos institucionales. Los tiene de otro tipo, en su interior.

Hasta 2016, el régimen bolivariano podía describirse como híbrido: combinaba elementos de democracia electoral con restricciones a las libertades políticas. Para algunos, la etiqueta de “autoritarismo competitivo” acuñada por Steven Levitsky y Lucan

Way (2010) le calzaba bien; para otros, democracia revolucionaria (por contraste con la democracia burguesa) era más apropiado. Que no pudiera definirse sin recurso a adjetivos denotaba la controversialidad del régimen. Y la controversia se multiplica al interior de cada facción.

En el oficialismo, Nicolás Maduro es el hombre de Cuba y el ex presidente del Congreso Diosdado Cabello pretendió ser el del Ejército. La Patria Grande está enquistada dentro de Venezuela: entre 40.000 (confirmados) y 60.000 (probables) cubanos forman parte de la administración del Estado. Están encargados de áreas estratégicas como la inteligencia, la seguridad y la custodia del presidente. Maduro, como Chávez, no confía en venezolanos para protegerse. Por debajo, las Fuerzas Armadas bolivarianas resienten la autoridad cubana y cultivan valores soberanistas, en colusión con la boliburguesía de negocios engordada por el socialismo del siglo XXI.

En la oposición, Henrique Capriles pretendía llegar al poder por vía electoral mientras López y la proscrita María Corina Machado abogaban por el fin inmediato del gobierno. El primero apostó al trabajo y la paciencia, construyendo una alternativa contra las falencias de Maduro más que contra los logros de Chávez. Los otros incitaron la movilización callejera para generar un cambio de régimen bautizado como “la salida”.

Al principio, los países de la región aparecieron más cerca del gobierno que de la protesta. Sus razones pueden desagregarse en tres. La primera son los intereses: Brasil tiene inversiones, Colombia teme el desborde de violencia sobre sus fronteras, Argentina tenía una deuda financiera que no quería ver exigida por un gobierno menos amigable. La segunda razón es ideológica y la enarbolan los regímenes hermanos del chavismo que le desean perdurabilidad, como Bolivia y Ecuador. La tercera razón es pragmática y deriva del análisis esbozado más arriba; países como Brasil y Chile observan que, en Venezuela, el conflicto

fundamental no es gobierno-oposición sino halcones versus palomas, que es transversal a ambos grupos. Estos países ven en Maduro a un moderado que enfrenta una oposición externa radicalizada y una oposición interna militarizada. Ante la disyuntiva de anarquía callejera o dictadura militar, Maduro (dialogando con Capriles) es el mal menor. Que este objetivo no se haya logrado es un fracaso para las potencias regionales y desnuda la impotencia de su liderazgo.

La lucha interna del gobierno bolivariano se despliega entre dos Fuerzas Armadas: las cubanas y las venezolanas. Si hoy Maduro es el representante de un régimen militar foráneo –el cubano–, su alternativa dentro del chavismo sólo podría encarnar un régimen militar nativo. La oposición aparece bloqueada por el cerco que el régimen ha colocado sobre el Congreso. El único Estado extranjero con capacidad de influir sobre los acontecimientos –Cuba– se halla concentrado en el proceso de paz colombiano y en su propia reaproximación a Estados Unidos. Venezuela está a la deriva y todos los escenarios dibujan, más cerca o más lejos, el abismo.

Los resultados regionales son menos trágicos pero no espectaculares. “Hemos arado en el mar”, murmuró Simón Bolívar antes de expirar. Líderes posteriores como Perón y Chávez le dieron la razón al reclamar una segunda independencia, admitiendo que la primera había fracasado. ¿Qué garantías hay de que, con la nueva izquierda en el poder, la Patria Grande triunfará? A juzgar por la retórica política y la frecuencia de las cumbres presidenciales, la unidad continental está al alcance de la mano. Pero si se analizan los estancados niveles de interdependencia y la acumulación progresiva de bloques subregionales, la conclusión es menos complaciente.

Los países latinoamericanos, tanto tomados en conjunto como en sus diversos subgrupos, realizan entre sí menos del 20% de su comercio internacional. Por comparación, ese indicador es

del 66% en Europa y del 50% en América del Norte. La razón es que los polos gravitacionales son potencias extra-regionales: para América Central, el Caribe y México, la mayor parte del comercio, inversiones, turismo y remesas proviene de Estados Unidos, mientras que para América del Sur la atracción de China es cada vez más evidente –e irresistible–. Las fuerzas centrífugas producidas por los gigantes mundiales desgarran a América Latina más de lo que la voluntad política cohesionan. Si bien en la historia de la integración latinoamericana siempre convivieron proyectos contrastantes (la Asociación Latinoamericana de Libre Comercio y el Mercado Común Centroamericano en los 60, la Comunidad Andina y el Mercosur en los años 90), la rivalidad en ciernes entre el Mercosur ampliado y la Alianza del Pacífico es la más equilibrada –y antitética– de siempre. Y dado que cada grupo incluye a uno de los dos gigantes regionales, proyectos supuestamente de síntesis como la Comunidad de Estados Latinoamericanos y Caribeños (CELAC) sólo pueden interpretarse como foros de diálogo y cooperación, y no como mecanismos de integración. De hecho, la CELAC no tiene tratado fundacional ni instituciones de sostén.

La integración monetaria también avanza, pero no en la dirección sugerida por proyectos emancipadores como el Sucre (Sistema Unitario de Compensación Regional). Ecuador, El Salvador y Panamá tienen como moneda nacional al dólar estadounidense, pese a que los dos primeros están gobernados por la izquierda desde hace años. Otros seis miembros de la CELAC comparten el dólar del Caribe Oriental. Entretanto, los muy progresistas gobiernos de Argentina y Uruguay debieron resolver sus cuitas en la Corte Internacional de La Haya. Todo ello resulta una anécdota al lado de que Bolivia y Chile, ambos gobernados por coaliciones progresistas y miembros de UNASUR y de CELAC y asociados al Mercosur, no mantienen relaciones diplomáticas desde hace casi cuatro décadas.

En los últimos tiempos se tornó frecuente la exaltación de la voluntad política como combustible para construir la unidad latinoamericana. Se desatienden así las enseñanzas tanto de Marx como de Gramsci, el condicionamiento de la estructura y la correlación de fuerzas. La integración requiere condiciones materiales como la complementariedad de las economías y, además, sujetos sociales capaces de llevar adelante las transformaciones requeridas. Pero las economías latinoamericanas, si bien ya no son competitivas entre sí porque el mundo post-hegemónico ofrece lugar para todos, tampoco son complementarias –porque el mundo tira para afuera más que la región para adentro–. Y los sujetos sociales que compelan a sus países a compartir la soberanía con los vecinos tampoco están presentes: ¿o alguien piensa que la coalición gobernante brasileña aceptaría que la distribución de su petróleo submarino fuera decidida en la mesa ejecutiva de la UNASUR? La defensa a ultranza de la soberanía nacional suele ser aun más aguerrida en los países chicos. Si el internacionalismo fue alguna vez el sello de marca de la izquierda, el regionalismo pro-soberanista latinoamericano podría ser definido como de derecha. Sin condiciones objetivas y sin sujetos históricos, la voluntad política de presidentes circunstanciales poco más puede hacer que cumbres y arengas. Pero, como proclamó Chávez en una de sus más ignoradas autocríticas, “mientras los presidentes vamos de cumbre en cumbre, los pueblos de América Latina van de abismo en abismo”.

Palabra del Comandante.

Referencias

- Campello, Daniela y Cesar Zucco (2016), "Presidential Success and the World Economy", *The Journal of Politics* 78 (2).
- Catterberg, Edgardo y María Braun (1989), "Izquierda y derecha en la opinión pública argentina", *Crítica y Utopía* 18: 63-79.
- Corrales, Javier (2012), "The incumbent's advantage in Latin America: larger than you think", *Vox Lucea*, subido el 18 de diciembre. Hay adaptación actualizada en castellano: "Lo que sorprende y no sorprende de la reelección de Santos", <http://www.condistintosacentos.com/lo-que-sorprende-y-no-sorprende-de-la-re-eleccion-de-santos>, subido el 19 de junio.
- Hochstetler, Kathryn (2006), "Rethinking Presidentialism: Challenges and Presidential Falls in South America", *Comparative Politics* 38 (4): 401-418.
- Hochstetler, Kathryn y David Samuels (2011), "Crisis and Rapid Reequilibration: The Consequences of Presidential Challenge and Failure in Latin America", *Comparative Politics* 43 (2): 127-145.
- Levitsky, Steven y Lucan Way (2010), *Competitive Authoritarianism. Hybrid Regimes after the Cold War*, Cambridge, Cambridge University Press.
- Limongi, Fernando y Fernando Guarnieri (2014), "A base e os partidos: As eleições presidenciais no Brasil pós-redemocratização", *Novos Estudos - CEBRAP* (99): 5-24.
- Llanos, Mariana y Leiv Marsteintredet (2010), *Presidential Breakdowns in Latin America. Causes and Outcomes of Executive Instability in Developing Democracies*, Nueva York y Londres, Palgrave Macmillan.
- Malamud, Andrés (2015), "El Paraguay y su integración en el Mercosur", *Revista de Políticas Públicas* 4: 30-44.
- Malamud, Andrés y Philippe C. Schmitter (2006), "La experiencia de integración europea y el potencial de integración del Mercosur", *Desarrollo Económico* 181: 3-31.
- Marsteintredet, Leiv y Einar Berntzen (2008), "Reducing the Perils of Presidentialism in Latin America through Presidential Interruptions", *Comparative Politics* 41(1): 83-101.
- Ostiguy, Pierre (2008), "Entrevista a Artepolítica", septiembre. Accesible en <http://artepolitica.com/documentos/ostiguy-artepolitica.pdf>
- Pérez Liñán, Aníbal (2007), *Presidential Impeachment and the New Political Instability in Latin America*, Cambridge, Cambridge University Press.
- Ruth, Saskia P. (2016), "Clientelism and the Utility of the Left-Right Dimension in Latin America", *Latin American Politics and Society* 58 (1): 72-97.
- Sanches Corrêa, Diego y José Antonio Cheibub (2016), "The Anti-Incumbent Effects of Conditional Cash Transfer Programs", *Latin American Politics and Society* 58 (1): 49-71.
- Van Dyck, Brandon y Alfred P. Montero (2015), "Eroding the Clientelist Monopoly: The Subnational Left Turn and Conservative Rule in Northeastern Brazil", *Latin American Research Review* 50 (4): 116-138.
- Zucco, Cesar y Timothy J. Power (2013), "Bolsa Família and the Shift in Lula's Electoral Base, 2002-2006: A Reply to Bohn", *Latin American Research Review* 48 (2): 3-24.